

Héctor Llaitul y Jorge Arrate
Weichan conversaciones con un weychafe en la prisión política.
Ediciones CEIBO, Santiago, 2012, 325 págs.

Si uno viaja a La Araucanía, palabras como “conflicto mapuche”, “zona roja” y “terrorismo” se repiten en un lenguaje insertado por la clase política y parte de los medios de comunicación, oscureciendo las demandas políticas que ha instaurado el movimiento Mapuche. Un fiel reflejo de la inconsistencia de estos apelativos es justamente el libro *Weichan* escrito por el dirigente de la Coordinadora Arauco-Malleco, Héctor Llaitul, y el destacado dirigente de socialista, Jorge Arrate.

Weichan cierra un año de productividad intelectual Mapuche, que meses antes había dado en la pluma de José A. Marimán en el libro *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (LOM, 2012), las crónicas Mapuche del periodista Pedro Cayuqueo, *Solo por ser Indios* (Catalonia, 2012) y *Ta iñ Fijke xipa rakizuameluwün o nuestras diferentes formas de pensarnos*, de la comunidad de historiadores Ma-

puche (Ediciones comunidad de historiadores, 2012).

¿Qué tienen en común las cuatro obras señaladas? Además de ser escritas por Mapuche, los autores en plenitud se auto-reconocen como militantes del movimiento Mapuche autonomistas y, por ende, parte de la reconstrucción de una utopía nacionalista: el *Wallmapu*.

Sin embargo, *Weichan* tiene su particularidad y simbolismo. Es un diálogo entre un prisionero político y un ex candidato presidencial de la izquierda chilena. Qué más simbólico para la transición democrática que un dirigente político indígena condenado a quince años, doblemente juzgado y con la aplicación de la Ley por Conductas Terroristas en gran parte del juicio -que permite los temibles “testigos sin rostro”- dialogue con un actor clave de la historia política de Chile de los últimos cuarenta años, que vivió de manera protagónica la Unidad Popular, el exilio y fue parte

en la edificación de la nueva democracia.

Toda historia tiene personajes y Héctor Llaitul es uno de ellos. Difícil poder escribir la historia de la cuestión nacionalitaria Mapuche sino se escucha -y ahora lee- los planteamientos de este dirigente indígena. Podemos estar de acuerdo y en desacuerdo con Llaitul y los planteamientos de la CAM, pero es una actuación política que para fines de la década de los noventa cambió el panorama político “de” y “para” el pueblo Mapuche, gestando una nueva forma de hacer política que problematizó el escenario de la transición democrática, colocando nuevos desafíos, demandas y planteamientos para un país que busca desarrollarse -al parecer- a costa de las particularidades indígenas.

Mientras parte de América Latina avanza en un reconocimiento plurinacional y reconoce autonomías para los pueblos indígenas, en Chile esta demanda es llevada a la frontera de la criminalización y acusada de terrorismo. Es así que *Weichan* es un testimonio a la intransigencia y la incapacidad de la clase política chilena de afrontar los nuevos desafíos de la sociedad. Y ahí, en Angol de Los Confines, el antiguo fuerte militar, la ciudad “que más en medio de los enemigos ha estado” en el testimonio del Gobernador de Chile Alonso de Sotomayor (1586), Llaitul simboliza el centenar de Mapuche que han pasado por las cárceles de la transición desde 1992 asumiendo la voz de un subal-

terno. Un subalterno indígena. Pero a la vez, mientras la palabra “conflicto” remueve continuamente la vieja frontera, *Weichan* en conjunto con las otras obras surgidas como *Recado Confidencial a los chilenos* (1999) o *Escucha Winka* (2006) entre otras, muestran que en la vieja frontera ha brotado un desarrollo intelectual que susurra desde la descolonización.

Jorge Arrate asume el papel de un explorador, que muchas veces cruzó el caudaloso río Bío Bío, pero pocas veces vio a los Mapuche. El mismo lo plantea: “me sumergí entonces en lecturas y variadas conversaciones que me revelaron la mayúscula dimensión de mi desconocimiento sobre la historia y cultura mapuches”. (p.11) ¿Cómo ven los chilenos de izquierda la historia del pueblo Mapuche? Puede ser el primer relato. Arrate logra penetrar *Wallampu*, describir las ciudades de la vieja frontera, antiguamente fuertes militares y como se han construido en oposición al otro: el indio. Fascinante es la descripción literaria que Arrate hace sobre la historia antigua Mapuche, esa que se cruza con la verdad, el mito y la leyenda en torno a las figuras de la Guerra de Arauco. Y también envía su aspiración, construir una República “lautarina”, esa que reivindicaron en un inicio los dirigentes de la Independencia pero que con el tiempo fue perdiendo esa imagen poética, transformándose en un “antepasado muy lejano que no logró reproducir sus virtudes en sus descendientes”, convirtiendo incluso

el “mestizaje en ignominiosa desventaja social”. (p.84)

A lo largo de *Weichan*, la voz de Arrate se va perdiendo dejando la palabra a Llaitul. Rebrotan en la Unidad Popular para terminar cuando hace un balance de la izquierda y su mirada frente a los Mapuche. Con un tono de autocrítica, se observa que si bien han comprendido la demanda campesinista de ella, se ha diluido la otra mirada que complementan a la Gente de la Tierra. No por nada reivindica al intelectual comunista Alejandro Lipschutz, tal vez uno de los pocos que vieron a los Mapuche más allá de un campesino. Arrate asume ese llamado que realizó Elicura Chihuailaf de reconocer/nos en la morenidad. En ella, se podría generar los puentes para que esta “cuestión política” pueda obtener “soluciones políticas” como plantea Llaitul. (p.291).

Dentro de las distintas plumas que caracterizan a Jorge Arrate, este libro se aleja de su pluma política, legando ese rol a Héctor Llaitul. Cuidadoso ante una afirmación, este libro tiene un aroma a *Pasajeros en tránsito* (Catalonia, 2007) y *Uñas doradas* (2011). Aunque a veces tiene algo de *Memorias de la Izquierda Chilena* (Ediciones B, 2003) y en partes irrumpe *La (RE) vuelta de la izquierda* (Ocho libros, 2011). En esa perspectiva, *Weichan* aunque promete un diálogo, Arrate acompaña la voz de Llaitul tomando éste último la palabra. Un gesto no menor cuando este actor político es invisibilizado sin darle la oportu-

nidad de plantear su mirada, historia y visión sobre el indigenismo no solo en Chile también en América Latina.

Por eso Héctor Llaitul toma la palabra podría haber sido el otro título del libro. Fuente primaria para un estudio del movimiento Mapuche y para la historia política reciente del país. El libro cruza la biografía, análisis políticos, la historia de la CAM, diagnóstico desde un Mapuche frente a la izquierda asumiendo que su escuela política fue ella. Cerrando con una mirada sobre las otras corrientes del movimiento Mapuche y su rol en América Latina. Acertado o errado, dependerá de cada actor político de la cuestión nacionalitaria, Llaitul propone para la reconstrucción de *Wall-mapu* una alternativa.

Un aspecto interesante del texto es la historia de Llaitul. Cómo en el transcurso de su vida se acercó, conoció e interpretó el mundo indígena para “mapuchizarse” y así constituirse en un actor y personaje de esta historia. Por ello mismo el libro debe verse desde la historia con distancia y crítica, puesto que es la historia contada por un dirigente político que también habla para fundamentar su corriente política.

En momentos que el pragmatismo pareciera ser lo “políticamente correcto”, Llaitul plantea que todo proceso político también debe fundamentarse en ideas, sueños y reconstrucción de uno mismo como sujeto para edificar un nuevo proyecto alternativo a una sociedad que es y se

devora en el consumismo. Por eso, el libro en ambos autores se denota un llamado a un retorno a los principios del humanismo que cimentaron el nacimiento de la izquierda y también de los movimientos sociales.

Insisto. Interesante es como en el transcurso del libro la voz de Arrate va desapareciendo, pero también la voz de Héctor Llaitul, para volver a irrumpir en la voz de la Coordinadora Arauco-Malleco,- la organización política sin duda más perseguida de la transición en los últimos diez años- y terminar hablando desde la cárcel sobre el movimiento Mapuche, y los anhelos de mejorar la realidad de los habitantes del su pueblo.

Esta obra que hoy da a luz se inscribe en este florecimiento intelectual que ha impulsado el surgimiento de la cuestión nacionalitaria. Si en el pasado el Consejo de Todas las Tierras sembró una ideología, creó una subjetividad que politizó en plena transición a un sector indígena para mapuchizarlo, construyendo banderas,

volviendo a plantear las autoridades tradicionales como dirigentes y cabalgando sobre caballos a Santiago. También ello se debe a la resistencia en el Alto Bío Bío a la construcción de un muro plomo en el verde de los bosques Pehuenche. Bajo ello, Llaitul como los anónimos militantes autonomistas Mapuche continuaron y profundizaron este sentimiento, resistiendo en la cotidianidad al mundo forestal y pagando las consecuencias de salirse de los márgenes del “Estado de Derecho”. Por esto, *Weichan* aparte de ser un susurro subalterno, también es parte de la otra historia de la transición democrática y del “modelo chileno”. La historia de la incompreensión, intransigencia y de espantar el diálogo siempre que no sea basado en los parámetros que ellos (parte de los chilenos) establecen como el oficial.

FERNANDO PAIRICÁN,
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
TALCA